

Otro temor me sobrecoge ahora. Temo que, cogiendo el rábano por las hojas, vayan á crecer muchos que soy enemigo furioso de la literatura moderna y que comulgo en la simpleza de aquel autor que dijo que tanto valía cualquier novela naturalista como *L'Histoire de la Prostitution*, de Pedro Dufour. Usted mejor que nadie sabe cuán lejos estoy de eso, y cómo, por el contrario, he roto lanzas en defensa de las nuevas doctrinas, con sobrada prodigalidad. Sino que en estos buenos tiempos de política que alcanzamos, para que no excomulguen á las gentes, es preciso que tengan todo lo de casa como lo mejor, limpio y puro de defecto. Yo, que soy tan hijo de mi siglo—si me permite Vd. la frase—como Pompeyo Gener, verbi-gracia, no por eso estoy conforme con todo lo de mi padre. Pero deplorando errores y señalando defectos hasta donde se me alcanza, guardo la fe más grande en la oculta fuerza y energía de nuestro tiempo, cuya desorganización desesperante no es la que precede á la muerte, sino la que dispone á nueva vida.

En literatura, inclusive.

1888.

MUJERES DE LA NOVELA CONTEMPORANEA

MUJERES DE DAUDET

A Nenita.

Ruego á mis lectoras que no se asusten. Ya sé yo que Daudet es *realista* ó *naturalista*, que en eso de motes hay varias opiniones; y que de un modo ú otro, suena mal á los cidos femeninos, desde que un académico dijo de la escuela, que era “la mano sucia de la literatura.” Pero los académicos también yerran á lo mejor, y por todo lo alto. Con lo que, habida consideración á la respetabilidad artística del que dijo aquello del realismo, digo yo que se equivoca de todo en todo. Por lo cual, no ya de Daudet, que del mismo Zola me atrevería á escribir, contándoles á mis lectoras todo lo bueno y agradable que hay por aquellas páginas de *Les Rougon-Macquart*, y especialmente lo mu

cho útil que allí se encuentra, en punto á caracteres femeninos. A bien que ahí está doña Emilia Pardo Bazán, que ha escrito de Zola y de Flaubert, y no sé yo que se haya escandalizado.

En Daudet concurre una circunstancia atenuante. De puro sobado, da grima copiar una vez más el juicio del autor de *Una página de amor* acerca del autor de *Sapho*. Dice Zola que Daudet está colocado en "el punto exquisito en que acaba la poesía y empieza la realidad.., Así, de primera intención, pase la frase, á reserva de analizar más despacio, y en ocasión más oportuna, su alcance y su exactitud. Pero lo que sí es ciertísimo es que Daudet posee cualidades que le abrirán «las puertas del hogar doméstico, las de la elegante biblioteca de palo de rosa, adorno del gabinete de las damas», y que están cerradas en mucho para Zola. Si esto es completamente justo, yo no lo diré; pero de que es perfectamente exacto, no cabe duda.

Pues bien; ya tenemos á Daudet en casa, y vamos á charlar un rato de él

Es buen colorista, deslumbrador con frecuencia, pero, á la vez, un magnífico psicólogo. ¡Qué caracteres tan bien definidos, tan penetrados de verdad, é imponentes de vida! En punto á hombres, tiene Daudet ejemplares preciosísimos. Pero además, por encima de la dificultad subjetiva de comprender el elemento

femenino, de apreciarlo en la realidad sin engaño ni embustes, ¡qué mujeres las de Daudet! No crean ustedes que es cualquier cosa eso de andarse con señoras; son ustedes, mis excelentes amigas, muy duritas de entender, á menudo. Pero Daudet, créanme, sabe estudiar los caracteres, descubrir la nota dominante, y fijarla á perfección. Algunos han encontrado en Zola algo de monotonía: parece que todas sus obras tienen cierta nota igual, que las da un parecido fatigoso. Allá se queden con su opinión los que tal dicen; pero de fijo que á Daudet no se le puede aplicar.

De *Petit Chose á Jack*, de *Jack á El Nabab*, del *Nabab á Nouma*, de *Nouma á La Evangelista á Sapho*, á *Tartarin*, á *Fromont y Risler*, hay una distancia que las diferencia notablemente. Son trozos sueltos de la realidad, de los que cada uno tiene su individualidad propia.

Y allí, en aquellos cuadros de la vida, rebosando color, animación, movimiento, se dibujan, enérgicos y graciosos, los contornos adorables de las mujeres de Daudet. Tienen todas un encanto que hace aferrar la memoria á sus siluetas, y que no permite el olvido, una vez trabado el conocimiento. Bien que no todas son simpáticas, ni es posible que lo fuesen; pero todas interesan y admiran.

Ya es la figura de fondo de *Camila Pierrotte*, cuya vaguedad seduce á los adolescentes; ya la madre de *Jansoulet*, hermoso carácter lle-

no de nobleza, que aparece como un rayo de luz, en medio de la desgracia de su hijo; ya la cuñadita de *Nouma*, cabeza puramente meridional, impresionable, dulce, tierna é inexperta. Y también el busto severo de *Lina Ebsen*, la evangelista; la imagen dolorida de su madre; la cabeza melancólica de *Felicia Ruys*; la figurilla ligera, bamboleante, de *Ida*; la sombra negra, temible, de *Sídonia* ó de *Sapho*.

Pero en lo que luce la especialidad de Daudet, es en los caracteres simpáticos, los cuadros rientes, la nota alegre de la vida. En las páginas del *Nabab*, *Mamita* cruza activa, satisfecha, gozosa de su papel de ama de casa, dejando tras sí un perfume embriagador de poesía. Ella es la Providencia de la familia, la madre de sus hermanas, la confidente de *Gery*, la animación de aquel hogar pobre, pero satisfecho de su suerte, lleno de paz, de quietud, de alegría sana, la alegría que dan el trabajo y la conciencia tranquila. Educada en el heroísmo diario, en la abnegación callada, pero noble y positiva que impone la dirección del hogar; siendo la maestra de todos y la ordenadora de todas las cosas, Alicia se muestra como la mujer sencilla, natural, sin afeites de idealismos ni dengosidades, sabiendo de la vida práctica por propia experiencia, y educiendo de ella poesía, risas, luz, franqueza, con la serena satisfacción de la hija de familia, de la burguesa que ve el mundo de cerca y se forma al

choque saludable de la realidad. No hay nada que produzca mejores caracteres, educaciones más finas, dulzuras más francas y al mismo tiempo más mimosas—hijas de la ciencia de las pequeñas satisfacciones, de los deseos insignificantes, las necesidades nimias, que llevan el contento al alma que se satisface con la felicidad oculta *del interior de casa*,—como esos hogares tranquilos de la clase media trabajadora, en que no han entrado aún el afán plutocrático ni los pujos aristócratas de lujo; y en que nadie permanece ocioso, repartiéndose entre todos el trabajo doméstico, preparándose para la lucha en el exterior, con aquella gimnasia sana que bautiza la paciencia de la buena conformidad, y que se manifiesta en el cesto de ropa para coser, el puchero que se espuma, la sala que se barre, los muebles limpios, arreglados, cuidados como reliquias, que os hablan de mil pequeñas alegrías interiores, de mil escenas de que fueron testigos; y á veces ¡ay! de algunos seres amados, que se fueron dejando en el corazón una herida que brotará muchas veces lágrimas sinceras, de las que se derraman en silencio y á solas y son rocío que consuela y vivifica.

.....
 Alicia ha tenido todo esto. Por eso sabe vivir como amiga con *De Gery*; otorgarle aquella franqueza que tanto gusta á los hombres

honrados; ser su confidenta en los sueños aquellos de que es objeto *Felicia*, y por último, amarle, aceptar su amor que vivió siempre latente y escondido, que se les impuso, y que ella confiesa sin remilgos, como deben decirse esas cosas cuando se sienten con verdad: perfectamente serena, y con aquel mismo rubor hermoso con que Agata contesta á Daniel en *El beso de la condesa Sabina*.

La cojita de *Fromont jeune et Risler aîné*, es digna pareja de *Alicia*. ¡Qué suavidad de contornos en esa figura! ¡Qué luz simpática pero triste (con la tristeza de la fatalidad física que allí se impone, y de la desgracia social que allí pesa) irradia de aquel cuerpecito que encierra un algo hermoso, dulce, enamorado; que es, en la novela de *Sidonia*, como el reflejo de la aurora en un horizonte manchado de nubes, y sobre el que luce aún otro resplandor simpático, la mirada sencilla, ingénua de *Franz*, el hermano de *Risler*, que, enérgico en todo, no tuvo ¡ah! la energía de terminar dignamente la conversación con su cuñada: *no la mató!* La muerte de aquella pobre cojita—modelo precioso de esta otra niña desgraciada que *Zahnero* ha dibujado con tanto *amore* en su última novela (1)—os apena terriblemente; parece que muere el único rayo de luz que atraviesa aquellas páginas dolorosas. Quedará tan sólo el do-

1) *La Carna a*,

lor trágico de *Risler* y el cinismo de *Sidonia*, sobre el que pesa, como un grito bíblico, la maldición profética, desesperada, de *Planus!*

Hay otro libro de *Daudet*, *Jack*, que tiene mucho de epopeya. Es grande, inmenso, complicado como la existencia social; tiene cantos episódicos que palpitan de vida, derroches de color, de estudio, de nota local, de realidad, en fin. Es la novela de *Daudet* que más se asemeja á las de *Zola*. Como las del autor de *Nana*, es aquella un libro de ironía, de quejidos, de desgracia, de penas; y el escenario se ofrece grande, magnífico, comprendiendo en sí el modo de vivir de miles de individuos, de varios grupos sociales, de infinitas direcciones de la actividad humana. En medio de aquel pasar continuo de gentes—cada cual en su faena, siguiendo su camino, moviéndose en su esfera, sujeto al medio social en que nació—avanza la existencia dolorosa, triste, de aquel niño cuya mayor desgracia fué tener por madre á una mujer de loca imaginación, sin voluntad propia, á merced de un egoísta: *D'Argenton*, que, no sé por qué, me parece hijo, pero muy aprovechado, de *Delobelle*, el cómico. Hay un momento en que *Jack* cree haber encontrado algo de felicidad, que se le ofrece en la figura preciosa, simpática, de aquella niña—tan desdichada como él—en la que deposita todo su amor: otra que puede formar al lado de la cojita de *Fromont y Risler*. ¡Tú, honradí-

simo doctor de *Jack*, que no sabías reñir sino con tu caballo, á cuenta de ceder siempre á los caprichos del irracional compañero; tú también viste como la pobre niña, como el infeliz *Jack*, como todos los que leemos la novela del hijo de *Ida*, que se abría un horizonte de color de rosa para aquellos dos seres, deshoredados de la felicidad, que nacieron sin duda el uno para el otro, para servirse de apoyo mútuo. Sobre la tumba de *Jack*, que es la tumba de una víctima del egoísmo y de la debilidad de los otros, flota, pálida y amorosa, la figura blanca, etérea de *Cecilia*, triste y serena, con la sonrisa del dolor que se padece con resignación.

¡Cuán distinta aquella *Ida de Barancy*, criatura desdichadísima, huérfana y sin bienes de educación ni de voluntad, ligera, impresionable, buenaza, sin energía para decidirse; y á virtud de esto mismo, llevando el mal allá donde quisiera llevar el bien, por pura debilidad, pereza del espíritu que no sabe ni se determina á romper los hierros que le sujetan, y que se contenta de buenos propósitos, prohijados y no puestos en obra, con aquella ligereza que es la nota más parisién de *Ida*!

Por las páginas, frescas, jóvenes, de *Le Petit Chose*, vaga también un algo que no tiene cuerpo, que es como la niebla ideal de los ensueños, como las imágenes que forman y amasan en la región del aire las imaginaciones plásticas, soñadoras, del Mediodía. Son *los ojos ne-*

gros, esa primera ilusión de todo hombre que tiende, por inclinación sentimental, á lo pobre, lo desgraciado, lo que padece; y más aún, si él también está solo, débil, falto de una mano amiga, como lo estaba *Daniel* en el colegio tétrico, severo, que cerraban las llaves burlescas del señor *Viot*. Si *Daniel Eyssette* se enamora luego de la hija de *Pierrotte*, es porque, cubriendo todas las imperfecciones, todas las vulgaridades de *Camila*, brilla en ella esa luz que parece venir de lo hondo del alma, de lo más íntimo del abismo de ternura de *los ojos negros*.

Felicia Ruys, la artista del *Nabab*, es otra de las mujeres de *Daudet* que más atención merece, y sin duda uno de los tipos mejor trazados. No se la comprende así, de buenas á primera; hay que ahondar algo, que leer entre líneas para sentir conmiseración por aquella mujer, víctima del desengaño, herida del escepticismo, rotas sus alas al golpe rudo, brutal, recibido apenas hizo su entrada en la vida. *Felicia* no es delincuente; tiene á su favor mil circunstancias atenuantes; y si hubiera muerto á *Jenkins*, de juro que ninguno de nuestros modernos jueces—que ya van entendiendo algo de psicologías,—echaría sobre su conciencia jurídica el castigo de la artista. ¡Oh, de ningún modo! El fondo perenne de asco y tristeza, de *spleen* y desengaño—exagerado, sin duda, por una imaginación no muy saneada en el cono-

cimiento de la vida real, que para *Felicia* es, casi sin excepción, la vida de *cochon et compagnie*, que dice la criada de *Pot Bouille*,—resulta para la amiga de *Alicia* el infierno más atroz, la herida más dolorosa que basta para marchitar todo lo bello, lo bueno, lo salvador que pueda atravesarse en su existencia. *Felicia* no cree apenas en lo bueno, porque apenas también si lo ha visto; toda su educación de niña le lleva á este prejuicio, muy subjetivo. Por un instante, uni la al carácter franco, honrado de *De Gery*, cree que ha de salvarse de su esclavitud de aburrimiento y de su obsesión del mal; pero aquella ilusión se desvanece, se le va de entre las manos, ahuyentada por la existencia desprecupada que ella misma se crea, por aquel carácter raro, oscuro, que da miedo á *Minerva*, mote de taller, de artista, que *Felicia* puso á *De Gery*. Y sin duda alguna, la ilusión halagüeña de aquel amor perdido, que la echa una vez más en el fango, había de ser, en la vida de *Felicia*, acicate del dolor, pena honda y profunda, que solo supo acallar ahogándola en cieno.

A pesar de *Mamita*, *Felicia* resplandece simpática, con la simpatía que infunde la desdicha, en el gran cuadro humanitario y social que retrata la injusticia, *la mayor injusticia que París ha cometido desde que es París*.

También entiende Daudet cómo son las madres. Ahí está la reina de Iliria de *Los Reyes en el destierro*, que levanta su talla de heroína

sobre la ruindad miserable del rey *Cristian*; siendo lo más noble, lo más sobresaliente de aquella sátira hermosa, discreta, rica en alusiones y en verdad...

Madre es también aquella otra de *Jansoulet*, que aparece en dos momentos solemnes de la novela. En las fiestas del Bey, como la «mujer de su casa», ordenadora, arreglada, positiva; y en la situación apuradísima del Nabab, que ve hundirse su diputación y con ella toda su vida, como la madre cariñosa, que acude á salvar á su hijo, á prestarle apoyo, á ser su ayuda, y que por una coincidencia de alto efecto dramático, precipita la caída del Nabab, en cuyo sano corazón habla en aquel momento y se impone la honradez, la abnegación por la familia, el respeto al hermano que allá, en provincias, duerme su estupidez del vicio, y á la madre que los crió á los dos y que los ama por igual. A la salida de la Cámara de diputados la figura burguesa, pesada del Nabab, y la figurilla arrugada, sin pretensiones, de su madre, suben cien codos sobre aquella multitud infame, hambrienta del escándalo y cortesana de la envidia.

Por ahí aparece igualmente—víctima de otra infamia social que no por ser error deja de ser infamia,—la mujer del Norte, la madre de *Lina Ebsen*, la Evangelista. La novela empieza con lágrimas y acaba en desesperación; es toda ella un calvario para la pobre madre,

que, sin embargo, resulta oscurecida por la figura verdaderamente heteróclita, en que van mezcladas la grandeza de la fe y el error (el desdichadísimo error que casi es crimen) del fanatismo, manifiesto en aquella obsesión mística que tiene algo de fortaleza mormónica, pero que mata todo cariño, toda afección, con el frío aterrador é indiferente de la conducta que es tenida por buena, por santa ¡Qué recuerdos de pura raza española, nacidos de nuestros mejores novelistas, nos traen á la memoria *Lina Ebsen* y su aristocrática protectora ¡Ah, *D.ª Perfecta* ¡ah *Marta Elorza*, y la señorita de *Lantigua* y *Marta Egipciaca*... ¡Qué sueños de amor; qué felicidades rotas y destrozadas por la misma desoladora, implacable preocupación social! El hombre menos reflexivo, se ve forzado á meditar ante esos cuadros reales, vivientes, que chorrean sangre y lágrimas...

También traen lágrimas y sangre esas dos mujeres, tan distintas de *Lina*, que se llaman *Sidonia* y *Sapho*. *Sidonia* es uno de los caracteres más perfectamente expresados por Daudet; están sorprendidos en él los toques decisivos, reveladores de aquella educación infeliz que produce la inmoralidad más egoísta, más infame que puede haber. Allí está la honradez de *Risler*, la severidad de *Planus*, la inexperiencia de *Franz*, para hacer resaltar la ingratitude, la falta aborrecible, maldita, de aquella mujer ambiciosa, concupiscente y al fin desvergonza-

da. ¡Ay, niña *Sidonia*, encumbrada de ayer, cómo das el fruto miserable de tu savia envenenada por la atmósfera de fingimiento, de vanidad, en que te criaste!

Sapho trae la desgracia por otro lado. Claretie dice que *Sapho* es «una obra maestra y la obra maestra de Daudet», lo cual, salvo el respeto al ilustre crítico, es discutible. Quizás sea la obra más concreta de horizontes y de acción y en que, por lo mismo, pueden ser atendidas con mayor especialidad todas las partes; hay esmero, hay en esa corrección que se admira, v. gr., en *El idilio de un enfermo*, de Palacio Valdés. Pero que sea lo mejor de Daudet, no puede decirse. Es algo muy bueno, pero no es lo superior. Es lo *perfecto* de Longino, pero no lo más grande.

Aquella adorable *Sapho* que tiene toda la gracia, toda flexibilidad, toda la frescura que falta á *Nana* (con algo de la *gaieté* dulzona, juvenil de *Mimi*) lleva en sus abrazos la serie larga, dolorosa, de consecuencias que produce la obsesión del placer, asesino de toda actividad.

Besos deseables los suyos, pero que intoxican lentamente el ánimo, encadenan la voluntad, emborrachan y conducen poco á poco á la regularidad mecánica, brutal, de un mismo estado degradante, monótono, seguido, como el hocar diario de los cerdos en el estercolero. Desgraciado del que toma en serio los capri-

chos de *Sapho*. A veces, ella se agarra con todas sus fuerzas á uno de esos amores de momento; parece que en él se detiene, que cambia su ligereza por la emoción amorosa de *Margarita Gauthier*; pero de repente, vuelve aquella volubilidad de su carácter, aquel revolotear de mariposa, de *fillette*; y se va, se va con la risa en los labios, dejando una víctima más, cuya imputabilidad no puede razonablemente referirse más que al impresionalismo de la juventud. Porque *Sapho* no es una *seductora* vulgar, un «ángel malo», de esos que lucían las novelas románticas. Si lleva el mal tras de sí, lo lleva como la generalidad de los humanos: sin saberlo, ni creer que lo produce. Su conducta, que se ha detenido en una de sus primitivas fases—el egoísmo, el placer propio, indeliberado y contraproducente—se desenvuelve de un modo irreflexivo, sin tener en cuenta los disturbios que trae á la conducta de los otros. Hay aquí algo de filosofías muy sutiles, en que yo me detendría de buen grado, si esto, más que una introducción á las *Mujeres de Daudet*, fuera un estudio propio de *Sapho*. Y es que en *Sapho* hay algo más que todo esto. Carga dulce y ligera, en un principio, para el estudiante arlesiano que la conduce á su casa después del baile, á medida que él va adquiriendo el hábito de vivir con ella y verla á diario, va también siendo una carga dura, formidable, que ahoga bajo su pesadumbre; pero de

la cual no se puede prescindir, aunque lentamente va hundiendo, hundiendo las fuerzas cansadas, pero tercas (por una inercia de estados idénticos) en sostener lo que es su muerte.

Cuando llega la pasión de *Gaussin* á su más alto grado y sacrifica á ella el porvenir, la felicidad, el cariño de familia, *Sapho*—por una inconsecuencia que tiene en el fondo (y este es un detalle de preciosa delicadeza) algo del sacrificio de una *Miggless*, y algo de la abnegación ó del consejo de la mujer que ve una buena acción en el hecho de libertar á uno de sus esclavos de la voluntad,—abandona al pobre muchacho que se entregaba á ella para siempre. Es doloroso, inmensamente doloroso, aquel momento en que *Gaussin* lee la carta de *Sapho* á la luz del sol, que filtra por las persianas é ilumina, fuerte y vigoroso, el muelle donde flota el vapor que había de llevarles lejos. Allí se rompe de pronto toda la ilusión amorosa del estudiante arlesiano; llega el castigo mayor y más tremendo de su inexperiencia y de su pasión; y esto, cuando ya no es tiempo, cuando él lo ha sacrificado todo, ha roto con todo, y se ha hecho inútil para la felicidad honrada que le preparaban allá arriba. Entonces siente el peso enorme, abrumador, de aquel cuerpo que él acarició cuando era joven; y que ahora, con la severidad moralista de una institutriz mayor de edad, le destroza el idilio,

le habla de deberes.. ¡De deberes *Sapho!* Y sin embargo, *Sapho* sabía de deberes..

La novela de *Juan Gaussin* es una lección preciosa, que hace meditar y que puede ser de provecho en la vida. Tiene algo de la lección amorosa de *Petit Chose*; con la enorme diferencia que la *señora del principal* apenas está dibujada y *Sapho* es todo un carácter. En esto reside su mérito mayor; no es una mujer de una *pieza*, como se las forjan los idealistas; si malas, eterna y constantemente malas en todos los instantes y acciones de su vida; si buenas, rígidas, secas, como un precepto de Pascal que se personaliza y que vive muy lejos de este mundo, sin saber nada de influencias externas, de movimientos psicológicos, de dualismos, de educaciones contradictorias, de aspectos diversos de la conducta.. *Sapho* es una mujer prototipo de las de su clase, que responde a una realidad y encanta con sus reflejos de vida. Por eso es rara, voluble, bestial á veces, tierna otras, razonable en ocasiones: todo mezclado con aquella superficialidad de su educación desdichadísima.

Igual realidad que resplandece en *Sapho*, hay en esas otras figuras delicadas, dulcísimas como el recuerdo de la felicidad perdida—de la mujer de *Nouma*, la madre de *Daniel Eyssette*, la viejecita de *Fromont y Risler*; y en las terriblemente verdaderas, miserables de la baronesa *María*, la señora *Afchin*, la hermana del

tamborilero, la chiquilla querida de *Nouma*, y otras y otras que chorrean la podredumbre ó la acidez de sus pasiones, de sus temperamentos viciados, de sus manías, de su egoísmo.. Aquí también corre vigoroso, fuerte, trazando líneas gruesas que ponen como de bulto las figuras, el lápiz fidelísimo á la realidad (la realidad plena de la vida que ríe á veces y en mucho llora ó se espuma de rabia) del privilegiado novelista de *Jack*.

Zola, en cuyas obras maravilla ese tono enérgico del color, esa valentía en las notas oscuras, en las sombras, y en las manchas grandes, brillantes,—tanto que á veces da en lo alegórico, ó á lo menos en algo de la epopeya, ó en los cuadros prototípicos, escapándose un tanto de las figuras *documentales*—tiene también, y muy á menudo, matices delicados, sonetos tiernos, casi idilios, y hasta carcajadas francas, alegres; pero con más frecuencia, alegrías melancólicas, bien lejanas de ese pesimismo que le han echado encima como característica de sus libros y que, si es algo, es el pesimismo del predicador, que pinta la corrupción no ya del vicio, sino de la acción directa é indirecta de mil causas sociales, que tienen en mucho la culpa (inconsciente ó no prevenida, á lo mejor) de infinitas lacerias humanas. En *Pot-Bouille*, una de las pinturas más descarnadas de Zola, tanto que hiela con su frío del mal, hay aquella *María*, víctima (que no criminal) del género de

vida á que la han sujetado las ridiculeces de sus padres y la pobreza de carácter de su marido, junto á la educación torcida, pésima, en cuya atmósfera ahogadora fué criada. Solo por un instante levanta el novelista el velo que cubre la desgracia moral de aquella mujer, sujeta por preocupaciones de los otros; pero es lo bastante para ver en los ojos de ella la tristeza de la pena oculta, de los recuerdos dolorosos, y para hacerla simpática á los nuestros. Por allí se descubre también (y mejor se adivina) un hogar que vive en el aislamiento de toda aquella miseria *bourgeoise* con la felicidad de la vida honrada. Madame *Campardon* es buena á su modo, y su pobreza de espíritu da lástima; no sé por qué me recuerda el chiquillo de una novela de Dickens, sofocado de buena voluntad bajo el peso continuo, abrumador, del muñeco de su hermano, autócrata en pañales de aquella existencia esclava, pero que sonríe á su esclavitud. ¿Y *Gervasia*, en la primera época de su casamiento con *Coupeau*; y la pobre niña martirizada por el abuelo *Bijard*; y la madre de *Camilo*, el de *Teresa Raquin*, y otras más, existencias doloridas que gimen bajo el látigo de la fuerza, ó francamente alegres, trabajadoras, bordeando las dificultades de la lucha social con buen ánimo y firmeza de alma?

Ya vendrá la historia de todas ellas, que es la mejor defensa de Zola y la mejor censura para los que hacen del ilustre novelista un ana-

tómico rígido, clínico, afanoso, enamorado de lo malo sólo porque es malo, y amigo antes del criminal que de la víctima. No son fríos, fatales delincuentes, todos los personajes de Zola; antes son desgraciados, víctima de la herencia física y del medio social.

Ahora leed á Daudet Zola es hermoso, cautiva al artista, al verdadero artista robusto de alma, que bebe la belleza á grandes tragos; pero deja una impresión dolorosa, algo de amargor en los labios y de lágrimas en los ojos, á la vista de tantas miserias como hay en los hombres; bien así como resulta de un artículo estadístico sobre el pauperismo, ó también algo parecido á la dejadez, á la especie de desilusión (y cuando menos de temor discreto) que queda en el ánimo amigo de la verdad, luego que la lectura de la *Introducción á la Sociología* de Spencer, pongo por caso, le ha mostrado los mil inconvenientes son que tropezará en sus especulaciones. Se llega á dudar del remedio; lo cual no es malo, porque lleva, al fin á duplicar las energías y los esfuerzos.

Daudet también, sin destrozar la realidad, nos habla de lo malo; pero menos severo, algo más indulgente con la sociedad que Zola, y en todo caso falto de la idea sistemática que guía al autor de *Nana* en sus novelas, prodiga más los cuadros de luz, las notas alegres, sanamente optimistas, que nos reconcilian con la vida. «Daudet—dice Emilia Pardo Bazán—consue-

la, refresca y divierte el espíritu, sin echar mano de embustes y patrañas, como los idealistas, con solo la magia de su amorosa condición y simpático carácter. Es su talento de indole femenina, no por lo endeble, sino por lo gracioso y atractivo.»

Y por eso, sin duda, pinta esas figuras de mujer, tan adorables, cuyo recuerdo vivo no os abandona nunca, desde el momento en que tuvisteis la feliz idea de trabar con ellas conocimiento y amistad firme y duradera. ó enemiga franca, viviente, como si hubieseis de acusarlas mañana mismo ante el tribunal de las justicias sociales.

1887.

SOBRE LA CRÍTICA

—
 A PROPÓSITO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA
 EN FRANCIA

Hace tiempo que M. Leo Quesnel dedica especial atención á nuestra literatura contemporánea, de la cual ha tratado diferentes veces en la *Revue Bleue*, en la *Novvelle Revue* y otras publicaciones análogas. Siempre es una satisfacción ver cómo los hombres de otros países se ocupan de las cosas nuestras; y no por la vanidad de que se codeen los nombres de nuestros escritores con los de quienes gozan fama más europea, aunque no sé si legítima siempre, y por el orgullo infantil de exclamar: «¡Vean ustedes si aquí valemos también y sabemos hacer las cosas!»; mas porque el hecho de que se fijen en ellos indica que el movimiento